DOMINGO V DE CUARESMA B

Nos encontramos ya casi en los inicios de la Semana Santa, por eso el evangelio de hoy nos presenta justamente el tema de la muerte y resurrección de Jesús. Ubiquemos el texto. Jesús está en Jerusalén, y el pueblo judío se preparaba para vivir la fiesta de la Pascua. La enseñanza de Jesús se inicia con una iniciativa que partió de unos griegos que se acercaron a los discípulos diciendo: “Queremos ver a Jesús”. Según algunos estudiosos, estos griegos eran paganos pero simpatizaban con la ley de Moisés. Aparecen en este momento dos discípulos: Felipe y Andrés, quizás porque sus nombres derivan del griego y podrían de algún modo ser más cercanos a este grupo que buscaba encontrarse con Jesús. Estos discípulos son intermediarios entre los paganos y Dios, es decir, un puente para acercar a aquellos que a primera vista parecen ser los menos indicados para recibir la buena noticia. La respuesta de Jesús no se hace esperar y lo hace por medio de una imagen: el grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto. Esta imagen es muy esclarecedora y sería la síntesis de todo el relato. Jesús habla de sí mismo pero también de nosotros. Jesús se compara con un grano de trigo que cae en tierra, muere y da fruto. Esta imagen representa dos misterios cristológicos: la encarnación y la muerte y resurrección del Hijo de Dios. Jesús se hace hombre para morir y resucitar. En cuanto a nosotros, también estamos llamados a seguir este proceso que es también un llamado. Jesús nos dice cómo hacerlo: odiando la propia vida en este mundo y sirviéndolo. Parece un poco duro esto, pero veamos lo que significa. El texto griego usa el verbo “odiar”.

Odiar la propia vida: no es negar la vida, ni despreciarla, ni menos aún actuar en contra de ella. Aquí el verbo odiar no significa “no amar” sino “desapegar”. Vivir desapegados de nosotros mismos y del mundo: eso significa odiar la propia vida en este mundo. Creo que de algún modo, todos estamos apegados a algo o a alguien. Apegado significa estar aferrado y seguro en las cosas y en las personas. Y este aferrarse, muchas veces nos provoca tristeza cuando perdemos lo que tenemos, ya sea cosas o también personas. Es normal aferrarse, y pensar que alguna vez no tendremos a los seres más queridos con nosotros, nos causa una cierta desazón. Con sólo imaginarnos la pérdida de alguien, nos entristecemos y preferimos no pensar. En otro sentido, el aferrarse a las cosas, a mi casa, a mi celular, a mi ropa, a mi casita de campo, a mi auto, a mi computadora, a los mensajes de las redes sociales,….nos hacen dependientes de todo lo que tenemos, sea mucho o poco. También sucede que cuando tengo las cosas o las personas conmigo, no me doy cuenta que las tengo, y me parece normal. Pero, cuando ya no las tengo, se siente ese vacío muy difícil de llenar con sustitutos. Vivir desapegados de nuestra propia vida nos permite mirar hacia metas más elevadas que no quedan encasilladas en este mundo. Vivir desapegados de nuestros logros y títulos, de nuestras virtudes y capacidades, es también parte de esta propuesta, porque puedo ser yo mismo el obstáculo para transitar esta vida con la mirada puesta en el cielo: un cielo que ya lo puedo vivir en la tierra.

El otro punto que marca Jesús es el servicio. Por eso dice: “el que quiera servirme, que me siga, y donde yo esté, estará también mi servidor”. Quien quiere seguir a Jesús, se convierte en su servidor, lo cual significa morir como Jesús y resucitar también como Él. Por eso Jesús dice “donde yo esté, estará también mi servidor”. El servicio está muy ligado con el punto anterior: odiar la propia vida o desapegarse de ella. El servicio es desapego de uno mismo. Estar al servicio no es fácil porque implica morir todo el tiempo. ¿Morir a qué? A mis tiempos, a mis deseos, a mis planes. Esto es morir a uno mismo. Tener la capacidad de pensar primero en los otros no lo hace cualquiera, porque aquí no hay ninguna recompensa ni un reconocimiento. Sólo Dios ve el servicio y sólo Él lo paga con un lugar a su lado. Ser grano de trigo muerto en la tierra es justamente esto: ser enterrado, ser ocultado, ser separado de otros granos, ser instalado en un lugar no elegido. Y a medida que permanece en esa tierra, el grano comienza a morir a sí mismo y ya no es más grano, sino raíz, tallo, hojas, frutos. Y cuando el grano llega a ser fruto, mira todo el proceso quizás no entendido del todo. Se da cuenta que murió muchas veces hasta llegar al día en que el último fruto será cortado para ser entregado al mismo Dios. Pero la alegría del fruto en las manos de Dios, no tendrá comparación con todo lo vivido porque la atracción será tan grande que no será necesario comprender lo que pasó, sino sólo dejarse amar eternamente.